

Beatriz Mariscal, ed. *Romancero general de Cuba*. México: El Colegio de México, 1996; 304 pp.

En un artículo de 1906, “Los romances tradicionales de América” (*Cultura Española* 1: 72-111), Ramón Menéndez Pidal convocaba a los estudiosos americanos a que recogieran la tradición romancística de sus respectivos países, con el fin de integrar un corpus abundante y panamericano que nos permitiera apreciar la riqueza y las peculiaridades del romancero del Nuevo Continente. El entusiasmo del maestro había logrado contagiar a otros eruditos, y en el mismo artículo aparecían varias muestras de romances recogidos por él y otras personas en Argentina, Chile, Perú y Uruguay. En 1927 Menéndez Pidal agregó un *post scriptum* en el que daba noticia de los últimos progresos obtenidos en la recolección y el estudio de la tradición americana; entre esos progresos mencionaba los trabajos de Carolina Poncet y de Cárdenas y José María Chacón y Calvo, pioneros y principales colectores del romancero cubano. A casi un siglo de distancia de la convocatoria de Menéndez Pidal contamos con un *Romancero tradicional de América* (México: El Colegio de México, 1990), debido a Mercedes Díaz Roig, y un buen número de romanceros dedicados a países hispanoamericanos específicos. A la lista de estos últimos hay que agregar ahora el *Romancero general de Cuba*, de Beatriz Mariscal.

La labor de acopio y sistematización llevada a cabo por Mariscal ha sido notable, y gracias a ella los estudiosos y aficionados al romancero podemos conocer mejor el caudal romancístico de Cuba. La obra reúne todos los romances cubanos previamente impresos conocidos por la editora; varios de esos textos habían aparecido en publicaciones que hoy resultan de difícil acceso para los investigadores, como la versión de *La muerte del príncipe don Juan*, publicada por Chacón y Calvo en el *Diario de la Marina* el 5 de septiembre de 1954, entre otras. El *Romancero general de Cuba* también incorpora romances inéditos tomados del Archivo Menéndez Pidal de Madrid y de los fondos de José María Chacón, resguardados en la Biblioteca Hispánica de la Agencia Española de Cooperación Internacional del Ministerio de Cultura de España (Madrid). Las publicaciones anteriores y los inéditos dieron un total de 162 versiones, correspondientes a 56 temas romancísticos, que se organizan

en cinco apartados: I. La mujer como objeto de la acción, II. La mujer como sujeto de la acción, III. El hombre como sujeto de la acción, IV. Romances de tema religioso y V. Los animales como protagonistas.

Las versiones están ordenadas cronológicamente, de acuerdo con la fecha de su recolección o de su publicación, si se desconoce la primera. Cada texto va encabezado por la siguiente información: título, asonancia(s), metro (si difiere del octosílabo), número que le corresponde al romance en el “Índice general del Romancero” (elaborado por el Seminario Menéndez Pidal), datos de recolección (lugar, nombre y edad del informante cuando se conocen, nombre del colector, fecha) y datos bibliográficos de los materiales previamente impresos. Algunas versiones se acompañan de transcripciones musicales realizadas por Benito Alcocer, con base en las anotaciones manuscritas o impresas de los colectores o primeros editores. La presentación de cada romance termina con un comentario en el que Beatriz Mariscal nos da algunos antecedentes del poema (origen, testimonios antiguos), compara las versiones cubanas con otras versiones americanas y panhispánicas y, sobre todo, examina los valores y concepciones culturales desarrollados en los textos cubanos.

El *Romancero general de Cuba* también incluye ilustraciones y fotografías (entre estas últimas destaca la de Menéndez Pidal y Chacón y Calvo sentados en el malecón de La Habana). La obra se cierra con una bibliografía, una clave numérica de temas, un índice de primeros versos y un índice de otros títulos por los que se conocen los romances en América.

En el estudio introductorio Mariscal afirma que la tradición romancística de Cuba, como la del resto de los países hispanoamericanos, “es fundamentalmente ‘de importación’” (14). Y en esta importación podemos distinguir dos niveles, por lo menos. Gracias a los testimonios de Bernal Díaz del Castillo y Gonzalo Fernández de Oviedo, sabemos que el romancero llegó a tierras americanas desde los primeros tiempos de la Conquista. A partir de entonces, las frecuentes oleadas de inmigrantes peninsulares al Nuevo Mundo han enriquecido el acervo romancístico de los diferentes países de acogida. En el caso de Cuba es bastante representativo el ejemplo de Dominga Martínez, natural de Entrepeñas (Zamora), quien recién emigrada a la isla (ca. 1912) le recita 25 roman-

ces a Carolina Poncet y de Cárdenas; éstos y otros textos recogidos por Poncet pueden verse en el *Romancero general de Cuba*. A este primer nivel de importación (España-América) debemos agregar el hecho de que las constantes migraciones de un país latinoamericano a otro han contribuido a la importación de variantes locales, a veces sin continuidad geográfica.

Como señala Mariscal, todas estas circunstancias hacen que en los “países hispanoamericanos no exist[a] un patrimonio romancístico autóctono, sino que sus repertorios reflejan la multiplicidad de contactos entre España y América” (19); ello no impide que en las diversas comunidades americanas los mensajes romancísticos hayan ido “ajustándose lentamente a sus necesidades de comunicación y adoptando valores y concepciones culturales propios” (20). Valga como ejemplo el romance de *Ricofranco* (núm. 20), que desarrolla un tema muy difundido en la baladística pan-europea: el del seductor de mujeres que muere a manos de una doncella a la que ha raptado. En la mayoría de las versiones peninsulares modernas el varón obtiene a la chica cuando los familiares de esta la rifan en un juego de azar:

En Madrid hay una niña / que la llaman la Isabel,
que no la daban sus padres / ni por ningún interés,
ni por dinero que cuenten / tres contadores al mes.
Una tarde la jugaron / a la flor del treinta y tres;
le ha tocado a un lindo mozo, / lindo mozo aragonés.

(Catalán y De la Campa, 1991: I, núm. 50.4)

En algunos textos peninsulares la protagonista es raptada durante una partida de ajedrez, pero no es la ganancia del juego. Este es el modelo que ha prosperado en las versiones cubanas; la versión 20.6 del *Romancero general de Cuba* dice:

En Madrid hay un palacio / que le llaman de oropel,
allí vive una muchacha / que le llaman la Isabel.
Un día estando jugando / al juego del ajedrez,
viene un mozo y se la lleva, / un mocito aragonés.

Las versiones del primer tipo no son del todo desconocidas en la isla; véase, por ejemplo, la núm. 20.4, en la que el mozo gana “la corona de Isabel” jugando “lindo juego aragonés”. Sin embargo, los transmisores cubanos parecen haberse inclinado por el modelo en el que los familiares no pecan por excesiva insensibilidad (rasgo señalado por Mariscal, 146-147), sino por haber descuidado la guarda de la muchacha, un mal menor. Y es que, al igual que en otros lugares, la tradición cubana selecciona y privilegia los textos que concuerdan mejor con sus valores comunitarios.

La publicación de un corpus de romances recogidos en la tradición oral siempre representa una excelente oportunidad para ampliar nuestro conocimiento del género. En el *Romancero general de Cuba* el lector encontrará ejemplos de algunos de los recursos romancísticos típicos; entre otros, la bonita figura etimológica de *Delgadina*: “—¿Qué me mira el rey mi padre, / qué me mira tu mirada?” (núm. 2.2); la anáfora de *La flor del agua*: “Aprisa, aprisa se viste, / aprisa, aprisa se calza, // aprisa coge las botas, / aprisa los [sic] cordonaba” (núm. 3.1), o el uso de la repetición combinada con la antítesis para marcar el contraste entre dos situaciones:

Por la escalera de amor / sube la linda Altamara;
una mano lleva el pan, / otra llevaba una jarra,
y al hombro derecho lleva / una blanquita toalla...

Por la escalera de amor / baja la linda Altamara,
dando voces y alaridos: / “¡Ay, mi Dios, que aquí me valga!

Las citas proceden de una versión de origen zamorano de *Tamar* (núm. 7.1), romance inspirado en un suceso bíblico (2 Samuel: 13, 1-34). La frase “Por la escalera de amor”, altamente sugestiva, introduce dos imágenes distintas de la protagonista: a) Tamar, todavía virgen, dirigiéndose a la recámara de su hermano, y b) Tamar deshonrada y repudiada por Amnón. Los primeros versos de ambos pasajes resultan casi idénticos, si no fuera por los verbos que abren los segundos hemistiquios (*sube* / *baja*), que expresan el tránsito de la muchacha hacia su propia caída.

Por último me gustaría señalar algunos aspectos de esta obra que hubieran podido mejorarse. En primer lugar, el cuidado de la edición,

pues las erratas aparecen con más frecuencia de la que uno quisiera, sobre todo en los textos y en los comentarios que los acompañan (el estudio introductorio, en cambio, está bastante bien cuidado). La cronología fue el criterio para organizar las versiones, y la editora declara haberse apoyado en “la fecha de recolección, o la de [...] publicación si no conocemos la primera” (32); en el *Conde Niño* (núm. 6) parece haber una incongruencia, pues la versión que ocupa el séptimo —y último— lugar fue recogida por Menéndez Pidal en 1937 y, por lo tanto, debe ser anterior a las versiones 5 (publicada en 1961) y 6 (recogida antes de 1969). Por otra parte, en el comentario de *Carabí* (núm. 16) se nos dice que: “La tradición cubana es muy similar a la peninsular registrada lo mismo en Andalucía (Málaga y Sevilla) que en Cuenca, Badajoz, Toledo, Zamora y Orense, pero se separa de las tradiciones gallega y canaria” (122). ¿Acaso este “Orense” no se refiere a la provincia gallega del mismo nombre?

Al margen de estos detalles, el *Romancero general de Cuba* es, sin duda, una obra útil y un buen ejemplo de la necesidad de seguir publicando materiales romancísticos tradicionales.

MAGDALENA ALTAMIRANO
Hanover College

Bibliografía citada

CATALÁN, Diego y Mariano DE LA CAMPA, eds., 1991. *Romancero general de León. Antología 1899-1989*. 2 vols. Madrid: Seminario Menéndez Pidal / Universidad Complutense.